

Opinión

Amenaza existencial: el calentamiento global

La tierra no nos necesita, pero nosotros sí



Fernando Montes Negret*



Los humanos han alterado el equilibrio energético del planeta que regula la cantidad de calor solar que se devuelve al espacio.

Cuando oímos el término de “amenaza existencial” en el contexto de la destrucción del medio ambiente, no nos ponemos a pensar qué significa realmente. Quiere decir que enfrentamos una amenaza real a nuestra existencia como especie en la tierra. Puesto de esta forma, la gente no cree que es real y que lo puede afectar a él directamente, y a sus hijos y nietos.

No es de sorprenderse, ya que nuestra generación ha vivido una fase de progreso, época en la cual las condiciones de vida han mejorado enormemente y la expectativa de vida se ha alargado en más de veinte años en el último siglo.

Desafortunadamente el progreso experimentado desde la Revolución Industrial no es, de ninguna manera, prueba de que enfrentaremos un futuro cada vez mejor o, al menos, benigno.

La idea del progreso continuo nos hace especialmente vulnerables a no estar dispuestos a hacer sacrificios hoy, a prepararnos para un futuro posiblemente catastrófico y a tomar medidas que requieren hacer sacrificios hoy para reducir la probabilidad de que se materialicen los peores escenarios.

Cuando los expertos nos dan la evidencia alarmante de la destrucción que los humanos estamos causando, como el hecho de que hoy hay la mitad de los animales salvajes que había en el planeta tan solo en 1970, y de que los bosques y los árbo-

les más viejos están desapareciendo (*Falter: Has the Human Game Begun to Play itself Out?*, Bill McKibben, Holt, 2019), nos inclinamos al escepticismo y la indiferencia. Ni siquiera reaccionamos al llamado de líderes de la estatura moral del Papa Francisco, cuando señala en su Encíclica del 2015 “Que la tierra, nuestra casa, comienza a parecerse mas y mas a una inmensa pila de basura”!

No hay conciencia de que el tamaño del planeta se ha comenzado a achicar como resultado de las enormes cantidades de combustibles fósiles —carbón, gas y petróleo— que hemos y seguimos quemando. La combustión de estos fósiles y los átomos de carbono que se liberan se combinan con el oxígeno y producen dióxido de carbono que atrapan el calor, que de otra manera se hubiera reflejado y enviado al espacio.

Hemos alterado el equilibrio energético del planeta

que regulaba la cantidad de calor solar que se le devuelve al espacio.

Como lo señala McKibben en su pesimista libro (cuyo título se traduce como “desánimo”), el gran problema es la escala en que hemos venido incrementando el dióxido de carbono en la atmósfera, de 275 partes por millón a 400 partes por millón en el curso de 200 años y estamos montados en una trayectoria que los elevará a 700 partes por millón o más en las próximas décadas.

Para poner en perspectiva la cantidad de calor adicional que la tierra ha retenido, cortesía de las actividades humanas, equivale al calor de 400.000 bombas atómicas diarias del tamaño de la que se detonó en Hiroshima!

Esto gracias a que anualmente “escupimos” 40 billones de toneladas de dióxido de carbono.

La necesidad de tomar medidas inmediatas y algo



La cantidad de calor adicional que la tierra ha retenido por las actividades humanas, equivale al calor de 400 mil bombas atómicas diarias del tamaño de la detonada en Hiroshima”.

dolorosas, pero menos que las que tendremos que tomar en el futuro si se mantienen las tendencias actuales, se ve obstaculizada por lo que los Economistas denominamos el problema de acción colectiva (“collective action problem”), que consiste en una situación

en que todos estaríamos mejor si se decide cooperar, pero esto no ocurre por los conflictos de interés entre los diferentes grupos, resultando en una parálisis muy dañina que, al final del día, lleva a que todos estemos peor.

Ejemplos dramáticos de deshonestidad intelectual que han contribuido a demorar la adopción de políticas energéticas más racionales lo representan la negativa de la evidencia científica sobre el impacto del dióxido de carbono por parte de las compañías petroleras y algunos gobiernos.

Año tras año estamos batiendo los récords de calor, lo cual conduce a una mayor evaporación del agua y a dramáticos episodios de sequías e inundaciones, además de la expansión del volumen de agua en los mares (resultado de que el agua caliente tiene un volumen mayor que la fría) y al descongelamiento del hielo de los polos, resultando en

un aumento promedio de 19 centímetros en el nivel del mar en el Siglo XX, con una alta probabilidad de un aumento de más del doble este siglo (“*Rising Seas: Higher tide*”, *The Economist*, Agosto 17, 2019).

Ya hablaré, en otra entrega, de las consecuencias del calentamiento global sobre la seguridad alimentaria en vista de la reducción de los rendimientos de las cosechas de productos agropecuarios esenciales, particularmente los tres cereales claves (trigo, arroz y maíz).

Como anticipo, menciono que después de triplicarse la productividad de los cultivos de trigo en Australia entre 1900 y 1990, los rendimientos se han estancado como resultado directo del calentamiento global en un grado centígrado y una caída de un 30 por ciento en la pluviosidad.

Cómo pensar acerca del cambio climático? Debemos considerar los siguientes factores: (i) No al pensamiento lineal y a la extrapolación ingenua; (ii) Hay discontinuidades que se deben tener en cuenta que pueden llevar a “precipicios” catastróficos; (iii) hay factores irreversibles, que una vez hecho el daño no hay vuelta atrás; (iv) existen elementos que se refuerzan entre sí (*feedback loops*), que llevan a un efecto dominó con consecuencias impredecibles; y (v) Diferir la toma de medidas que buscan enfrentar los problemas ambientales y esperar soluciones mágicas no es procedente y solo llevan a tener costos mayores en el futuro, incluyendo poner en riesgo la viabilidad de la existencia humana en la tierra. La tierra no nos necesita, pero nosotros sí!

* Economista financiero. fmontesnegret1@gmail.com

Portafolio

El Tiempo Casa Editorial
www.portafolio.com

Copyrights © 2019.
EL TIEMPO Casa Editorial S.A.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.

Director
Francisco Miranda
Hamburger
framir@portafolio.co

Subeditores
César Augusto
Giraldo Briceño

Luisa Constanza
Gómez Rodríguez

Rubén López Pérez

**Editor adjunto
y jefe temático**
Edmer Tovar Martínez

ECONOMÍA Y NEGOCIOS
Constanza Gómez
Andrés Cárdenas
Adriana Leal Acosta

Sala de Redacción
Alfonso López Suárez
Sebastian Londoño

Laura Viviana Lesmes Díaz
Valerie Cifuentes

Editor Portafolio.co
Pedro Miguel
Vargas Núñez

PERIODISTAS EN COLOMBIA
Medellín: Jorge García
Bucaramanga: Félix Quintero

Oficinas de EL TIEMPO
Cali: José Valencia
Ibagué: Fabio Arenas

Barranquilla: Estewil Quesada
Eje Cafetero: Fernando Umaña

Director Gráfico
Beiman Pinilla

**Jefatura
de Diseño**
Juan Manuel
Leal Tobaría

**Concepto Gráfico
y Diseño Editorial**
Diana Yamile
Acosta González

**Diseño y
Diagramación**
Diana Yamile Acosta G.

Edwin Puentes
Martínez

Infografía
José Alirio Díaz

Fotografía
Casa Editorial
EL TIEMPO

Gerente Portafolio
María Cristina Amaya Hoyos
marama@eltiempo.com
Tel.: 2940100 Ext. 2860

Jefe Mercadeo
Ibón Andrea Bernal Torres,
ibober@eltiempo.com

**Oficina de redacción,
administración y ventas**
Avenida Calle 26 No. 688-70
Bogotá, Colombia. Tel: 2940100

Suscripciones
Bogotá: 3538888
Línea Nacional:
01 8000 118080
Medellín: 2507988
Cali: publicidad: 6836000

Servicio al lector
Bogotá: 6687155
Barranquilla: 511077
Ibagué: 610799 -
610790.
Computador: 2940100.